

Oído á la caja

Con objeto de dar á conocer al país los nombres de los señores concejales que llamándose representantes del pueblo contribuyen con su voto á que se haga de una manera anómala la distribución de fondos municipales mensual publicamos á continuación la lista de los mismos.

D. Liberato Alberola Delgado.

• Antonio Cañizares Pastor.

• D. Joaquín Sánchez-Manzanera Eciija y el Sr. Presidente D. Rafael Campoy.

De cuya rara, expresiva y especialísima forma de *distribución*, protestaron los concejales D. Manuel Millana Benítez, don Alfredo San-Martín López, D. Carlos Mazón Moyardo y el señor Vizconde de Huerta.

En el Ayuntamiento

SESION DE AYER

En la Redacción

—¡Eh, chico! ¡Alberto, Alfonso!

—¿Qué desea usted?

—Cércate en un momento á casa ¡volando! Dí á mi señora que se tranquilice; que salí bien de la corria... digo, de la sesión ¡Ah! que no me espere hasta luego... hasta la noche, hasta cuando pueda ser... ¡Largo!... ¡Nada, señores, nada! ¡esto es horripilante, aterrador, monstruoso! ¡qué descarrilamiento, ni qué bombas, ni qué demonios, si esto es peor, caballeros! ¡Cuánta desdicha, cuánta desgracia!... ¡qué catástrofe, Dios mío! ¡horror, horror!

—Pero ¡por Dios vivo! ¿qué ha pasado?

—¡Lo indecible, lo inexplicable! ¡A estas horas, Dios sabe lo que será de esos infelices!...

—¿Luego hubo desgracias?

—¡Cruentas, amigos míos, cruentas! La Prudencia, con un brazo roto y dos chirles enormes en la cabeza; la Reflexión, completamente mutilada; don Buensentido pidiendo á gritos socorro porque se desangraba; la Calma, gimiendo entre una nube de dicterios que la agobiaban á golpes; don Comedimiento huyendo sin saber por donde salir; y la Ira, la Soberbia y la

Destemplanza, dando tajos y mandobles á diestro y siniestro; ¡una bafalla campal, caballeros!

—Pero ¿y la Lógica? ¿qué hacía entre tanto?

—¡La Lógica ha dicho usted? A las primeras de cambio quiso imponerse, y la maniataron entre don Atropello y doña Arbitrariedad como á un Cristo. ¡Pobre Lógica; creo que se perdió para siempre!

—Pues más le valiera haber ido á la sesión municipal en lugar de ir al reñidero.

—¡Qué quiere Ud.! Equivoqué el camino y aquí me tiene con un jaquecazo tremendo y el susto consiguiente. Però en fin, otra vez será más; y voy con la revista, pues veo sobre la mesa las cuartillas de apuntes. Manos á la obra y dispensen las dimensiones. Once y cuarenta minutos de la mañana; la temperatura alta, el público numeroso; de la gloria, solo quedaba un telón de sacas, remendado y descolorido, pero hacía su papel: ¡todo es utilizable en la vida!

Presidencia, Sr. Campoy; á la derecha, en los primeros escaños, señores Alberola y Carrasco Ruiz

—¡salud y pesetas, amigos míos!— en los escaños últimos, Mazón, Millana, Vizconde de Huerta y San-Martín; los últimos serán los primeros; lo ha dicho Jesús. A la iz-

quierda, Sánchez Manzanera Sola y solo.

Con voz sonora, reposada y tranquila, empiezáse la lectura del acta y sin terminar esta, aparece Pérez de Vargas, que ocupa un sitio á la derecha y junto á San-Martín.

—¿No observa usted? me dice un compañero.

—¿Qué hay?

—Alberola ha palidecido intensamente y dá órdenes en voz baja.

—Será para que le traigan el almuerzo.

—El Presidente toca el timbre; entra un ordenanza; órdenes secretas...

—¿Qué secretos ni qué demonios! pedirá el almuerzo también, lo cual no me parece mal.

—Alberola dá nuevas órdenes... vea usted qué ansiedad en su semblante... clava su mirada de águila caudal...

—Quítale lo de caudal, amigo.

—La Presidencia dá nuevas órdenes... ¿qué pasa? Aquí hay una incógnita...

¿Qué incógnita ni que demonios, amigo mío; allá vá la solución ¿qué vé usted en los escaños de la derecha?

—Siete personas, ó siete caballeros ó...

—Bueno; de ellos, cinco son concejales...

—¡Ah! comprendo.

—Déjeme usted acabar, hombre. Dos y uno, tres, y el Presidente, cuatro, á cinco falta uno... ya tiene despejada la incógnita; y en esto termina la lectura del acta. Silencio sepulcral. Alberola medita... de repente se ilumina su faz, sus pupilas se dilatan y con voz que emociona la inspiración sublime que brilla en su venerable cabeza, dice: ¡Pido la palabra! ¡Espectación!.. El Concejal añade:—Que se lea de nuevo el acta porque... no la he entendido bien...

San-Martín—Como lo que se pretendé es ganar tiempo, sin duda, dígame claro.

Presidente—Esa es una suposición gratuita...

Vizconde—Propongo que se ponga el Sr. Alberola junto al lector para que se entere bien; que es lástima que pierda detalle (risas comprimidas en el público)

Presidente—Otras veces lo ha pedido la minoría.

San-Martín—La minoría no usó jamás tales recursos; cuando quiso aclarar un punto del acta, se ciñó á la lectura del punto en cuestión y nada más. (Mazón, Millana y Vargas, han quedado asombrados ante el ingenio del Sr. Alberola; y no es para menos; á otro concejal de menos recursos, de menos chispa, se le hubiera ocurrido la *tontería* de empezar á hablar sobre el acta, analizándola, haciendo consideraciones, provocando un debate, y habría estado hablando, diez, quince, treinta minutos, hasta que hubiera venido el concejal que se esperaba, para estar en mayoría. Todo el mundo habría comprendido la intención pero hubieran aplaudido inmenti la habilidad; porque esas cosas que siempre, siempre son feas, señor Alberola, hay que ocultar con arte su fealdad; pero, es claro esto lo habría hecho cualquier concejal del montón, de los adocenados, de los inútiles, de los cursis; ¿pero el señor Alberola? ¡oh! sus recursos, sus grandes talentos, su inventiva, su ingenio sutil, le sugieren la luminosa idea de reventar al pobre empleado que acaba de tirarse tres ó cuatro pliegos al cuerpo, pidiendo que se lea de nuevo el acta y nadie averigüa la intención tan habilmente disfrazada... Don Liberato, lleve á otra vez, por si el caso se repite, la Biblia, y ordene S. S. una lectura; y si no le parece bien, El Año Cristiano. Sr. Alcalde, con Concejales tan ingeniosos, ya se puede dormir tranquilo. ¡Qué lástima que los Príncipes de Gales no sepan este rasgo, digno de las insignias de la orden de la Victoria. La sesión empieza bien, caballeros.

Quando el empleado comienza la lectura, entra el Sr. Arcas, (D. Gerónimo), natural y vecino del barrio de San Cristóbal, hermano político de D. Eulogio Periago y concejal liberal ruanista; viene á sesión sin que nadie lo llame, no señor ¡ni siquiera un recado ha recibido! La tranquilidad vuelve á la mayoría hasta este momento en minoría, y D. Liberato respira al fin para decir—Puede terminar la lectura del acta. Y nosotros nos acordamos de